

EL MAR DE JESÚS DE NAZARET

colección Milenio

EL MAR DE JESÚS DE NAZARET

El Lago de Galilea en los
relatos evangélicos

J. Fernando Rey Ballesteros

Primera edición: diciembre de 2018

© Cobel

ISBN: 978-84-946946-8-4

cobel@cobel.es

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

www.cobelediciones.com

ÍNDICE

Lugares perfumados	9
Introducción	9
Un lugar escogido	13
El milagro como parábola en acción	15

Primera parte:

El escenario	21
Las dos orillas: la vida como travesía.....	21
La barca.....	35
El Mar y sus tormentas.....	50
La noche.....	64
La pesca	78

Segunda parte:

El Hijo de Dios en el mar de Galilea ...	93
Amanece en la orilla	93
Desde la barca, enseñaba	106
La pesca milagrosa	121
La llamada	136
Acunado por las aguas.....	151
Un paseo nocturno sobre el mar	164
En la orilla de la vida	178

Lugares perfumados

Introducción

Llebadme a una ciudad que no conozca, y allí los lugares no serán para mí más que lugares. El Ayuntamiento, la plaza, el parque con sus bancos y sus árboles, el supermercado... todos ellos son puntos en un mapa ante los ojos de quien nunca estuvo allí. Si decido quedarme, pronto los habré convertido en referencias que me ayuden a ordenar mi vida: realizo gestiones en el Ayuntamiento, paseo por el parque, y hago mis compras en el supermercado. Pero mi corazón no late más deprisa por ello. Los bancos del parque me parecen todos iguales, y en las estanterías del supermercado no veo más que productos que puedo o no necesitar. Pasado un tiempo, un buen día me percató, durante uno de mis paseos dominicales, de la presencia de una mujer que siempre ocupa el mismo banco del parque. Está sola, y por la expresión de su rostro se diría que piensa, reza, o recuerda. Quizá haga las tres cosas a la vez. En todo caso, me doy cuenta de que siempre está allí. Este hecho suscita mi curiosidad. Como he logrado trabar cierta amistad con algunos de los lugareños, pregunto por ella. Y me explican que esa mujer, hace meses, solía sentarse en ese ban-

co mientras su hijo pequeño jugaba con los amigos en el parque. El niño murió repentinamente, y, desde entonces, ella ha seguido acudiendo todos los domingos al mismo lugar. Recapacito: a diferencia de lo que a mí me sucede, para ella no todos los bancos del parque son iguales. Ese banco en que se sienta cada domingo es completamente diferente a todos los demás. Es el banco de esa madre y de su hijo. Está perfumado con recuerdos que sólo ella puede percibir.

* * *

Hay lugares perfumados. Perfumes de vida, de muerte, de amor... Tal es la huella que dejan los acontecimientos importantes de la vida en el escenario en que se han producido. Un árbol cualquiera puede ser, para un enamorado, el árbol bajo el que declaró su amor. Un aula de una escuela es, para muchos, el lugar de su niñez. Hasta un espacio tan triste como la habitación de un hospital puede resultar maravilloso a quien gozó allí de la compañía del ser amado mientras sufría.

Cuando uno vuelve a los «lugares de su vida», las piedras hablan. Parece que los acontecimientos que allí tuvieron lugar se hubieran quedado escondidos en el aire, esperando que sus protagonistas regresaran para aspirar su perfume. De repente, el pasado se pone misteriosamente en pie, y saboreamos de nuevo lo que entonces vimos.

La redención del género humano tuvo lugar en un momento concreto y en unos lugares escogidos a donde los cristianos volvemos una y otra vez. Quienes a menudo viajamos a Tierra Santa sabemos que, prácticamente, nada en aquel lugar está como entonces. El escenario donde tuvo lugar el paso del Verbo encarnado entre los hijos de los hombres no es la habitación de un difunto cuyos seres queridos decidieron dejarla «tal como está» durante siglos, en homenaje a su vida. La Jerusalén que Cristo conoció fue destruida, arrasada y repetidas veces conquistada y reconstruida. Nuestros ojos, cuando viajamos a Tierra Santa, no ven, desde luego, lo que vieron los ojos del Señor y de los apóstoles. Sin embargo, para nosotros, el saber que «fue allí» hace que una peregrinación a la tierra del Señor no se parezca en nada a cualquier otro viaje. Hay algo que ha quedado vivo bajo esas piedras. Y ese «algo» nos llena de emoción y se nos clava en lo más profundo del alma cada vez que pisamos ese suelo. Todas las invasiones, reconstrucciones y devastaciones que allí han tenido lugar no han logrado acabar con ese perfume que nos inunda por dentro cuando nos encontramos en Israel.

* * *

He escogido el Lago de Galilea como motivo para este libro porque se trata de un escenario especialmente evocador en la vida de Cristo.

Cuanto allí sucedió está cargado de un significado que traspasa los siglos, porque allí cada gesto es una palabra que une tiempo y eternidad. Pero también se da la circunstancia de que ese lago es uno de los pocos lugares de Tierra Santa donde los ojos del peregrino ven algo muy parecido a lo que vieron los ojos del Señor. El agua sigue siendo agua, el monte sigue siendo monte, y el cielo sigue siendo cielo. Por supuesto que las barcas sobre las que los guías turísticos nos llevan a realizar la travesía nada tienen que ver con aquella en la que Simón Pedro dejó entrar a Jesús. Pero, si uno prescinde de la embarcación y lanza sus ojos en torno durante el recorrido, la tentación de saltar veinte siglos hacia atrás con la imaginación es casi irresistible. Cualquier lector que haya surcado esas aguas entenderá lo que digo.

Un lugar escogido

Otra de las notas que hacen especial al Lago de Galilea es que la elocuencia de cada uno de sus rincones fue especialmente escogida por el Señor. Al igual que el Monte Tabor o el Huerto de los Olivos, fue un escenario buscado a propósito por Jesús como caja de resonancia de determinadas palabras y gestos suyos.

En Naín, Jesús resucitó a un muerto. En Betania descansó numerosas veces junto a sus amigos. En Caná realizó su primer milagro. En Jericó encontró a Zaqueo y curó al ciego Bartimeo. Todos esos lugares son especiales para nosotros por lo que allí sucedió. Pero es el hecho histórico el que ha aportado al lugar la relevancia que ahora tiene. Si todo aquello no hubiera sucedido, esas poblaciones –dejando a salvo Jericó, la puerta de la Tierra Prometida– no tendrían la elocuencia con que ahora nos hablan cuando las visitamos. Sin embargo, el Mar de Galilea fue escogido por Jesús para realizar determinados gestos porque, antes de que Él los llevase a cabo, aquellas aguas le habían hablado. Su fuerza evocadora, ante los ojos del Señor, ya estaba allí, invitándole a servirse de ella para anunciar el Evangelio a los hombres.

¿Qué veía Jesús cuando, al amanecer, oraba junto a la orilla del Lago de Genesaret? ¿Qué es-

cuchaba tras el sonido de las olas y del viento? ¿Qué llenaba el corazón del Señor durante aquellas travesías de trabajo en la barca de los pescadores Simón y Andrés? ¿Qué movió al Redentor del género humano a contemplar, entre aquellas dos orillas, todo el misterio de la existencia del hombre sobre la tierra y su destino último? A ello dedicaré la primera parte de este libro, durante la cual contemplaremos, en oración, un paisaje sin apenas movimiento. Y es que, antes de dejar hablar a los hombres, trataremos de escuchar a las olas, a los vientos y a las piedras, tal como Jesús las escuchó.

Podría parecer pretenciosa la aventura de adentrarnos en la mente del Señor para discernir el eco de aquellas aguas en el sacratísimo corazón del Dios encarnado. Pero soy de aquellos que han creído que, según nos dice el Apóstol, nosotros tenemos la mente de Cristo (1Co 2, 16). Además, sin necesidad de ninguna revelación extraordinaria, basta leer en los santos evangelios los sucesos que tuvieron lugar en aquel lago para entender que cada uno de sus detalles está proclamando a gritos el profundo valor que, para Jesús, tenía cada rincón del escenario.